

GRACIELA S. TOMASSINI¹

EVOCACIÓN DE DON BUENAVENTURA GONZÁLEZ

Cuando las calles del Rosario eran todavía de tierra y había palenques ante las puertas de las casas, don Buenaventura González solía caer de sorpresa en lo de mi abuela. Ataba el caballo —un gateado pangaré que según él valía una fortuna— y subía a los trancos la escalera haciendo llorar las nazarenas. Siempre venía con algún presente para merecer la sopa que venía buscando. Esta sopa vale como quinientos pesos, decía, y la abuela protestaba: ¿Y vos te crés, Buenaventura, que con ese zapallo criollo me vas a comprar la voluntad? Quedate, al menos, hasta que vuelva Juan, a ver si se arma un truco. Y se armaba. El truco, para Ventura, era un pretexto para sacarse de adentro las coplas de flor, quiero y envido que iba perfeccionando con los años, en las que despuntaba una vocación de cantor amasada a fuerza de muchas lecturas y postergada por los rigores de la vida. Cordobés de Montecristo, don Ventura supo esquivar el destino eclesiástico que le correspondía por el día de su nacimiento un 15 de julio; no fui obispo por un higo, decía; por robar higos a la siesta lo habían echado del Seminario franciscano, pero es seguro que la tentación no pasó por el estómago, que siempre tuvo magro, sino por la voluntad de andar los caminos y tener por techo las estrellas. Dicen que había sido guardaespaldas de Alvear, y algunos viejos de

¹ Miembro correspondiente de ANLE, integrante del Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Rosario y Editora General Adjunta de la RANLE. Es autora de libros y artículos publicados en revistas académicas sobre literatura hispanoamericana y argentina contemporáneas y es co-responsable del blog REDMINI (www.redmini.net). <http://www.anle.us/472>

la familia aseguran haber visto una foto de don Marcelo sentado en el café de París junto a Yrigoyen, con don Buenaventura parado atrás, como un arcángel huesudo y cetrino, una mano apoyada en el mango de la faca cruzada al cinto, y la otra escondida a medias entre dos botones de la chaqueta. Habrá sido por poco tiempo, porque nunca quiso ser hombre de comité. Si tuvo sus cosas, siempre fue por lealtad a su idea de justicia. En la cárcel aprendió a ser peluquero, pero ningún oficio sedentario lo conformaba. No se casó, por no echar raíz, pero dicen que amó con devoción a una Rosa de ojos claros que nadie vio jamás, en cuyo nombre recogió de la calle a varios desarrapaditos de la ciudad de Roldán, que crió como hijos y que le cerraron los ojos y le quitaron el libro de las manos el día en que dio su espíritu, quiero decir que se murió.



Acuarela de Franco Mosca para la portada de la edición de Allá lejos y hace tiempo [Far Away and Long Ego] de Guillermo Enrique Hudson (Bs. As.: Peuser, 1950).